

La **POBREZA** entre los argentinos del **NORTE GRANDE**

La pobreza del norte del país tiene raíces históricas y culturales que ayudan a explicar su extensión e intensidad.

Alfredo Bolsi y Pablo Paolasso

Instituto Superior de Estudios Sociales
CONICET - Universidad Nacional de Tucumán



¿Una Argentina rica?

Una figura común en la literatura académica durante buena parte del siglo pasado –y en los medios de comunicación del mismo período– presenta a la Argentina como una nación otrora rica, que antes de 1950 competía por los primeros lugares entre los países de mayor desarrollo económico del mundo. En alguna medida, los grandes números de la transformación nacional operada en las últimas décadas del XIX y primeras del XX la justificaban.

Buena parte de la producción académica actual, y aun el imaginario popular del presente, persiste en esa imagen del rico país del pasado. Tal imagen sería parcialmente correcta, sin embargo, si se identificara a la Argentina solo con la Pampa Húmeda, porque fue especialmente allí donde los cambios económicos, políticos y territoriales dieron pie para elaborar esa visión global, que sumerge en la generalización a los matices y las diferencias. Fuera de ese ámbito geográfico también hubo innovaciones a fines del siglo XIX y comienzos del XX, pero no lograron la transformación y la riqueza que caracterizaron a la llanura pampeana.

La colonización española dejó su formidable impronta en casi toda la superficie de la actual República Argentina. En el último tercio del siglo XIX y el primero del XX, la consolidación de un capitalismo de antiguo y creciente tinte liberal trastocó gran parte de las viejas estructuras y rediseñó una ‘nueva y rica nación’. A partir de la cuarta década del último siglo, luego de los sacudones de la guerra europea de 1914-1918 y de la crisis de 1930, ese capitalismo se tiñó de tonos corporativistas y, en tiempos recientes, los procesos relacionados con el llamado neoliberalismo recorrieron el territorio nacional y generaron alteraciones profundas.

Se tiende a suponer, a menudo, que estos procesos habrían cimentado una sociedad y un territorio relativamente homogéneos. En todo caso, si hubiera grandes desniveles, como se reconoce actualmente, se presume que el transcurso del tiempo y una adecuada política asistencial los subsanarían.

Esas imágenes, con todo, en especial el mito del país homogéneo y rico de principios del siglo pasado, no corresponden a la realidad. Ni en los supuestos años de oro, ni en otro momento del siglo XX, fue la Argentina un país culturalmente homogéneo o uniformemente rico. Lo fueron, hasta cierto punto, la Pampa Húmeda y algunos archipiélagos del resto de su extenso territorio.

Mirando bien, tanto en el pasado como ahora el país se caracteriza por marcados desniveles en la calidad de vida de sus habitantes. Se puede sostener, en ese sentido, que existieron y existen dos Argentinas, y podemos conjeturar al respecto que la consolidación del liberalismo tuvo consecuencias diferentes en la pampa gringa que en, por

ejemplo, el norte del país, al que se refiere la nota que sigue, por la presencia en este, entre otros factores, de una fuerte sociedad tradicional o criolla. (Véase ‘El pasado en imágenes. Jujuy en 1883. La cara criolla de la Argentina aluvial’, CIENCIA HOY 109, febrero-marzo 2009, pp.21-23.)

Pobreza pasada y presente en el Norte Grande argentino

Los gobernadores de las nueve provincias septentrionales de la Argentina (Jujuy, Salta Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca, la Rioja, el Chaco, Formosa, Corrientes y Misiones) acuñaron la expresión Norte Grande para referirse a ellas en conjunto y llamar la atención sobre sus problemas comunes, principalmente la actual pobreza de sus hogares.

La conjetura de los firmantes de esta nota, contraria a lo que señalan algunos autores regionales, es que el Norte Grande siempre fue pobre. La pobreza no es un fenómeno reciente en esa región.

Es imposible medir la pobreza de los hogares antes de 1980 con los descriptores usados hoy, porque no se recopilaban estadísticas que los contuvieran, pero se puede recurrir a indicadores indirectos, como la tasa bruta de mortalidad. En el quinquenio 1914-1918, es decir, durante los años de mítica opulencia nacional, esa tasa era de 19,9 por mil en las provincias del norte y de 10,4‰, casi la mitad, en la provincia de Buenos Aires. Sin duda, en esa época mortalidad más alta indicaba peores condiciones de vida y mayor pobreza. Hoy esa correlación no es tan estrecha, por los adelantos de la medicina, pero en el pasado la identificación era muy acentuada.

En el mismo orden de cosas, en el quinquenio 1944-1948 la provincia de Buenos Aires exhibía un índice de mortalidad infantil del 55,4‰, mientras que en el Norte Grande ese valor alcanzaba casi el doble: 100,6‰. Como se aprecia, coexistían en ambos momentos dos países.

Hacia comienzos del siglo XXI esas diferencias persisten. Hoy ellas se pueden medir, entre otras formas, por el índice de privación material de los hogares (IPMH), un indicador que se construye con los datos del último censo nacional de población, hogares y viviendas, realizado en 2001, que reconoce la heterogeneidad de la pobreza y que permite distinguir grados de privación y diferencias entre los hogares pobres, es decir, aquellos imposibilitados de acceder a las condiciones normales de vida imperantes en la sociedad a la que pertenecen.

La figura 3 indica la distribución geográfica de la intensidad de la pobreza en 2001, medida por el IPMH. Sin entrar en consideraciones técnicas, que tienen alguna complejidad, las cifras indican la proporción de hoga-

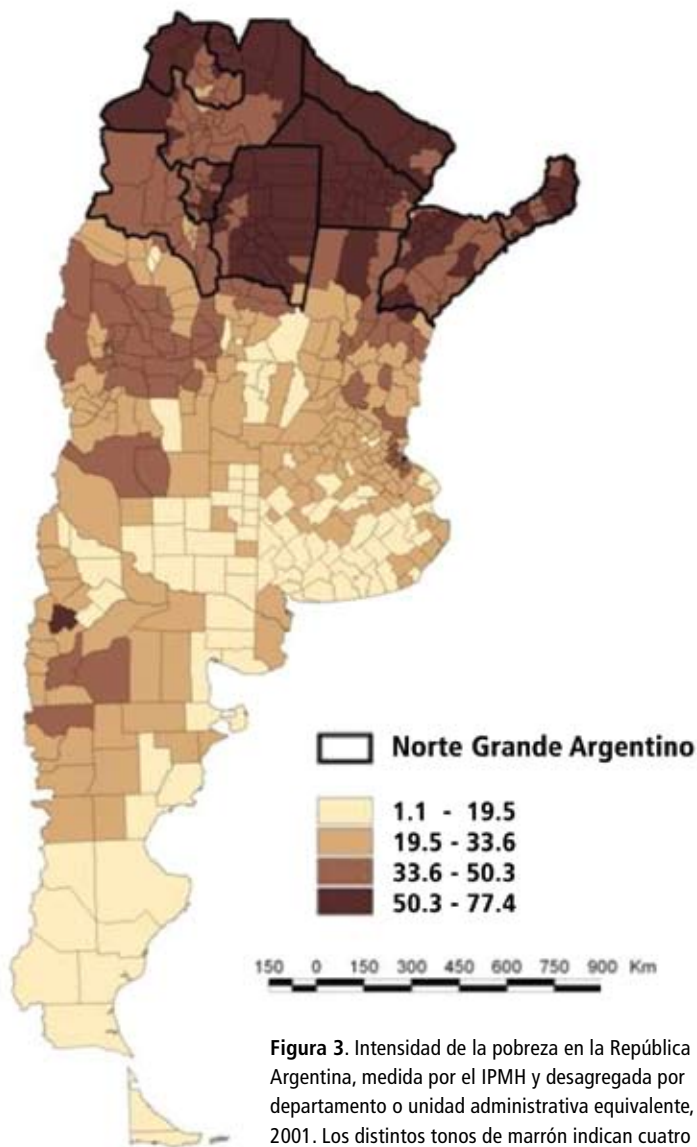


Figura 3. Intensidad de la pobreza en la República Argentina, medida por el IPMH y desagregada por departamento o unidad administrativa equivalente, 2001. Los distintos tonos de marrón indican cuatro niveles de intensidad de la pobreza, como lo precisan las referencias de la lámina. Los números indican los rangos de porcentajes de los hogares más pobres con relación al total de hogares pobres.

res de mayor pobreza con respecto al total de hogares pobres (este concepto se precisará más adelante). El mapa es elocuente: no hay en el territorio nacional un ámbito tan extendido en el que la pobreza sea tan intensa como el que conforman las nueve provincias del Norte Grande.

¿Qué es la pobreza? ¿Qué es ser pobre en nuestra cultura?

Es relativamente fácil distinguir un barrio pobre de uno que no lo es. Es posible hacerlo por sus carencias, muchas de las cuales son visibles. Pasa lo mismo con las viviendas o las personas. Siempre se ha asociado pobreza con carencia. ¿De qué? De lo necesario. Desde tiempos bíblicos, en que se afirmaba que era más fácil que un

camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre al reino de los cielos, hasta hoy, buena parte de las sociedades tuvieron en claro la noción de carecer de lo necesario y, como consecuencia, la de pobreza.

Pero esta relativa facilidad de percepción esconde un enorme y complejo conjunto de preguntas, entre ellas las siguientes. ¿Qué se considera necesario? Lo necesario para unas sociedades, ¿lo es también para otras? ¿Cuándo, exactamente, comienza a existir carencia? ¿Se pueden establecer umbrales críticos, comunes a todas las sociedades? ¿Quiénes establecen si algo es necesario y el grado de su ausencia que constituye carencia? ¿Qué procesos generan pobreza? ¿Por qué hay pobreza? ¿Cómo se la morigera o elimina? ¿Se sienten realmente pobres las sociedades que calificamos de tales? ¿Perciben todos los pobres de la misma manera su pobreza?

Autores individuales, escuelas económicas, Iglesias, disciplinas académicas, corrientes filosóficas, partidos políticos y grupos de opinión han reflexionado sobre estas cuestiones. Horacio González, que se ha ocupado profesionalmente de ellas por años, sostuvo que algo aparentemente sencillo no es otra cosa que ‘un manantial de ideología’ (“El sujeto de la pobreza: un problema de la teoría social”, en Alberto Minujin et al., *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, UNICEF/Losada, Buenos Aires 1997)

La compleja medición de la pobreza

Se utilizan múltiples formas o procedimientos para medir la pobreza, debido a la existencia de distintas vertientes en el manantial evocado por Kliksberg, es decir, por la diversidad de ideas imperantes acerca de lo que constituye pobreza. También determina cómo medirla la disponibilidad de información estadística y, en buena medida, el tamaño de la población (el universo, en jerga estadística) sobre la que se procura hacer el análisis. Y no dejan de tener peso los procesos técnicos y metodológicos de las oficinas estadísticas de los países en que se realizan las mediciones.

Las dificultades para medir o cuantificar la carencia, la desigualdad, la exclusión o la marginalidad han tendido a restringir el estudio de la pobreza a sus aspectos más fácilmente cuantificables, que generalmente son los materiales. Los conceptos más comúnmente utilizados han girado así en torno a tres nociones: la de necesidad, la de estándar de vida y la insuficiencia de recursos, pues las tres pueden medirse de modo relativamente aceptable.

Es posible establecer de manera precisa –aunque opinable y hasta arbitraria– a partir de cuándo una necesidad se puede considerar satisfecha. Del mismo modo, es factible cuantificar el consumo de bienes y definir nive-

les de ingreso de individuos o de grupos. Así se fue consolidando la idea de necesidad como la carencia de aquellos bienes y servicios materiales requeridos para actuar como miembro de una sociedad, aunque las necesidades sean variables entre los grupos sociales y el concepto, finalmente, sea fuertemente subjetivo.

El bastante laxo concepto de estándar de vida es más amplio, porque no solamente incluye disponer de los elementos necesarios para el desempeño cotidiano sino que abarca, también, una referencia a tener más o menos que otras personas.

Definir la pobreza como insuficiencia de recursos indica que no basta con la satisfacción de las necesidades, sino que para dejar de ser pobre se requiere, además, disponer de medios o recursos propios con que hacerlo.

Los diferentes métodos para medir o cuantificar la pobreza provienen de este conjunto de conceptos, que en buena medida son subjetivos. Así, el número de pobres que registremos dependerá del marco conceptual con el que definamos la pobreza, y del método de medición que se derive de él.

Existen dos enfoques principales para abordar la cuestión, estrechamente asociados con las fuentes estadísticas disponibles: el *enfoque directo* define como pobre a quien no puede satisfacer una o varias necesidades básicas; el *enfoque indirecto* clasifica como pobres a las personas que no cuentan con recursos suficientes para satisfacer sus necesidades básicas.

El enfoque directo dio lugar, como forma de medición, al método de las *necesidades básicas insatisfechas* (NBI), y más recientemente, al *índice de desarrollo humano* (IDH) y su derivado, el *índice de pobreza humana* (IPH). El método de las NBI fue propuesto por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en la década de 1970 y adoptado en la Argentina en 1984. Del enfoque indirecto procede el método de la *línea de pobreza* (LP).

Como lo señaló el economista de origen indio Amartya Sen, que recibió el premio Nobel de economía en 1998, estos enfoques no constituyen formas alternativas de medir la misma cosa, sino que representan dos concepciones diferentes de la pobreza. Tanto las NBI como el IDH se basan en la capacidad de satisfacer necesidades consideradas esenciales, mientras que la LP se sustenta en el consumo real con relación a determinadas convenciones sobre necesidades mínimas.

Los pobres: un agregado estadístico y su distribución espacial

De todas formas, como lo han señalado numerosos autores, cualquiera sea el resultado numérico que se ob-

tenga usando los distintos tipos de medición aplicados a los datos censales, ello no significa que los pobres conformen una clase social, como tampoco permite creer que exista una cultura de la pobreza. Los pobres así definidos y medidos no son otra cosa que un agregado estadístico. No es posible atribuir, sin más, rasgos sociales, culturales u otros a una magnitud estadística.

En adición a la medición estadística de la pobreza, sin embargo, es necesario analizar su distribución espacial, para ponerla en un contexto territorial. El concepto de *territorio*, en las disciplinas geográficas, implica la articulación generada a lo largo del tiempo entre la sociedad y el medio natural, es decir, entre cultura y naturaleza. El filósofo, sociólogo y activista político francés Michel Foucault (1926-1984) señaló que esa noción es también jurídica, pues designa el espacio controlado por diferentes tipos de poder. (*L'Archéologie du savoir*, Gallimard, París, 1969; traducción castellana: *La arqueología del saber*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.)

Si el cálculo estadístico es la puerta de entrada al mundo de la pobreza, la localización espacial de esta nos orienta hacia las razones que la pueden explicar. La distribución geográfica de los índices de pobreza conduce a enfocar los procesos territoriales y, de esa manera, advertir la posible existencia de diferentes tipos de pobreza, lo que permite establecer con mayor precisión los matices de las políticas sociales necesarias para combatirla. Estas consideraciones resultan relevantes para analizar el amplio espacio del Norte Grande.

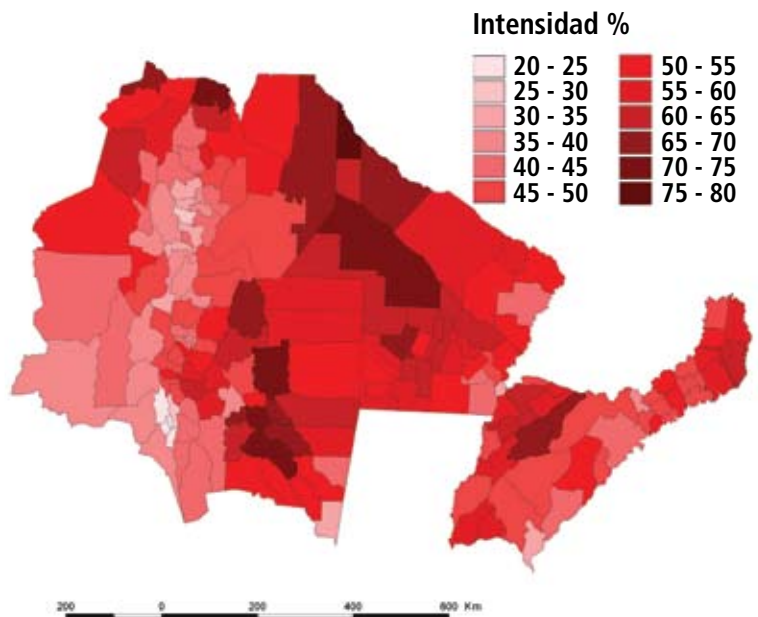


Figura 4. Intensidad de la pobreza en el Norte Grande, medida por el IPMH y desagregada por departamento o unidad administrativa equivalente, 2001. Los distintos tonos de rojo indican doce niveles de intensidad de la pobreza, como lo precisan las referencias de la lámina

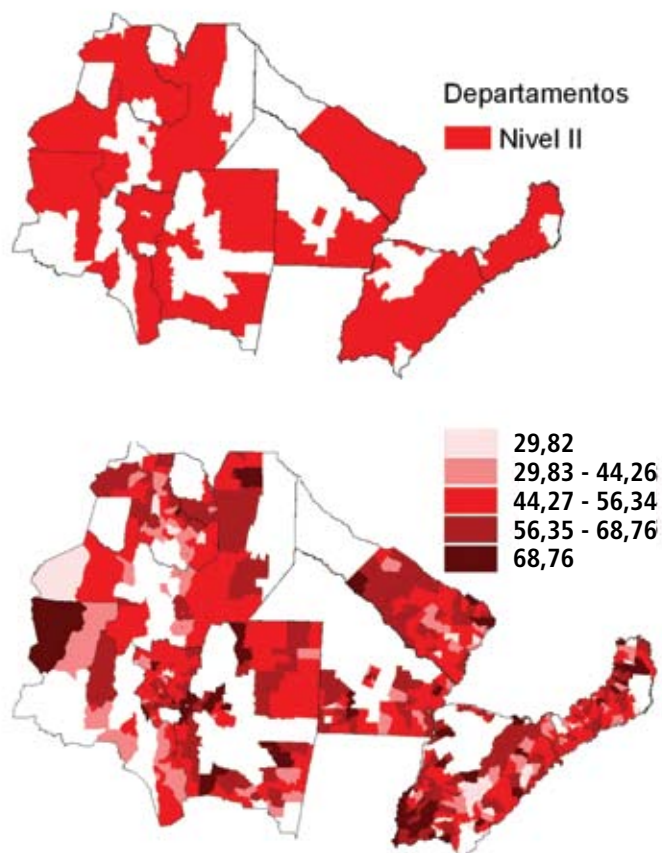
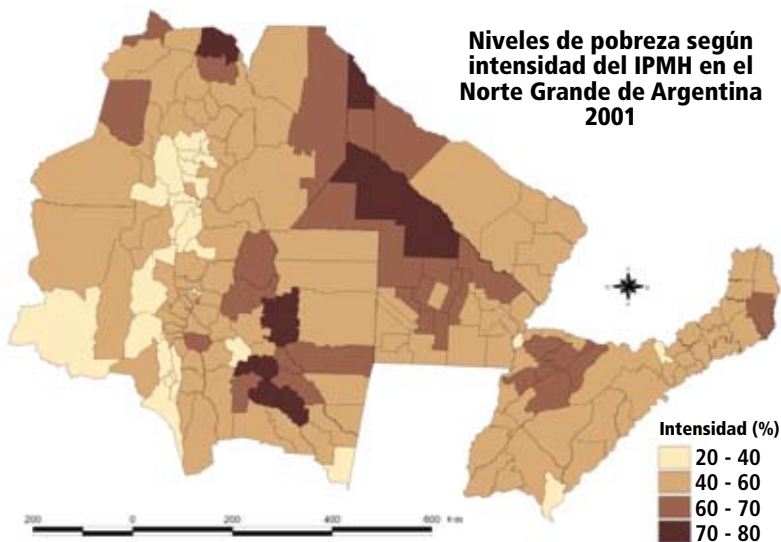


Figura 5. Intensidad de la pobreza en el Norte Grande, medida por el IPMH y desagregada por departamento o unidad administrativa equivalente, 2001. Los distintos tonos de marrón indican cuatro niveles de intensidad de la pobreza, como lo precisan las referencias de la lámina.

Figura 6. Departamentos ubicados en el nivel II (de los cuatro definidos en la figura 5) de intensidad de la pobreza en las provincias del Norte Grande. El mapa inferior muestra las fracciones censales de los departamentos de nivel II indicados en el superior. Las diferencias de color indican los niveles de intensidad de la pobreza en cada fracción censal.

Tabla 1. Población y hogares del Norte Grande según niveles de intensidad de pobreza definidos por el IPMH.

Fuente: Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001.

Niveles del intensidad de la pobreza	Total hogares	%	Total personas	%
I (20% a 40%)	699.978	38,0	2.096.651	31,2
II (40% a 60%)	995.429	54,1	3.972.119	59,1
III (60% a 70%)	116.050	6,3	516.693	7,6
IV (70% a 80%)	29.672	1,6	138.998	2,1
Total Norte Grande	1.841.129	100,0	6.724.461	100,0

Niveles de intensidad de la pobreza	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
I (20% a 40%)	93,2	81,4	36,2	46,6	22,7	2,4	15,0	20,5	6,1	3,6	1,8
II (40% a 60%)	89,1	57,7	34,3	23,7	14,8	3,3	30,2	26,0	26,5	12,0	5,4
III (60% a 70%)	76,4	31,8	25,0	10,1	9,4	7,3	41,7	34,1	54,0	26,3	8,6
IV (70% a 80%)	76,0	16,6	19,0	3,9	7,2	17,3	41,6	38,7	67,3	41,7	25,0
Total Norte Grande	89,9	64,4	34,2	31,3	17,3	3,4	25,3	24,6	21,1	10,2	4,6

Tabla 2. Porcentajes de hogares del Norte Grande caracterizados por once atributos, según niveles de intensidad de pobreza

Referencias:

1. Tiene cocina
2. Agua dentro de la vivienda
3. Tiene heladera
4. Tiene teléfono fijo
5. Tiene teléfono móvil
6. Habita población indígena
7. Busca agua fuera de vivienda
8. Hacinamiento
9. Se cocina con carbón o leña
10. Busca agua fuera del predio

11. Usa agua proveniente de arroyos o cisterna. Los primeros cinco atributos se consideran positivos; el sexto es neutro; los últimos cinco son negativos.

Fuente: Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001.

El índice de privación material de los hogares

Los censos de población y vivienda recopilan datos sobre cada uno de los hogares del país. Esa información se puede obtener en forma de agregados estadísticos por provincia, por departamentos o divisiones equivalentes de estas, o incluso por unidades espaciales más pequeñas, denominadas fracciones y radios censales.

La información permite distinguir las carencias patrimoniales de los hogares de sus carencias de recursos corrientes. De ese modo, se pueden identificar cuatro categorías de hogares según el tipo de carencia o privación:

- Hogares con que solo sufren de carencia patrimonial.
- Hogares que solo sufren de carencia de recursos corrientes.
- Hogares que sufren de ambas carencias, que en la jerga del INDEC se denominan *hogares con privación convergente*.
- Hogares que no sufren de carencias.

Para cada unidad espacial (departamento o unidad administrativa equivalente, fracción censal o radio censal), es posible calcular diferentes relaciones entre los hogares con privaciones. La primera de esas relaciones es la *incidencia de la pobreza*, que se define como la proporción de hogares pobres en el total de los hogares. La relación que permite detectar los hogares en peor situación es la *intensidad de la pobreza*, que se refiere a la proporción de hogares que tienen ambas privaciones con respecto al total de hogares con privaciones. Tal intensidad entonces puede variar de 0% (ningún hogar en esas condiciones) a 100% (todos los hogares con ambas privaciones). El mapa de la figura 3, que se citó al principio, expresa esa intensidad para todo el país, desagregada por departamento o unidad administrativa equivalente.

En el Norte Grande no hay departamentos con niveles de intensidad de pobreza inferiores al 20%, pero tampoco superiores al 80%. Sin embargo se advierte la presencia dominante de departamentos en los que la proporción de hogares con privaciones convergentes es muy alta, como puede observarse en el mapa de la figura 4.

Los fuertes contrastes que se aprecian en ese mapa no hacen otra cosa que poner de manifiesto la multiplicidad de diferencias que caracterizan el territorio norteño, o su alto fraccionamiento, además de la fuerte presencia de amplios sectores con muy alta privación.

La figura 5 presenta otro análisis del mismo fenómeno que describe la anterior: en lugar de agrupar intensidades de pobreza en doce clases, las agrupa en cuatro clases. Los departamentos con valores iguales o superiores al 60% conforman los llamados *núcleos duros de pobreza* del Norte Grande. El número de hogares y personas pertenecientes a cada uno de esos cuatro niveles de pobreza —de los que los niveles III y IV conforman los *núcleos duros*— es el que sigue:

Caracteres de la pobreza según los niveles de su intensidad

En el nivel I, que se distribuye en el espacio en forma muy fraccionada, predominan los hogares urbanos (92%). En ese nivel están incluidas las barriadas periféricas de las grandes urbanizaciones, conocidas en la Argentina desde hace décadas como *villas miseria*. Es el nivel al que pertenecen los departamentos de siete de las nueve capitales del Norte Grande y algunos de sus departamentos adyacentes (las capitales de Formosa y Chaco se sitúan en el nivel 2) a los que se extienden las aglomeraciones urbanas. Los 699.978 hogares y 2.096.651 personas que habitan los departamentos del nivel I no constituyen un conjunto homogéneo, sobre todo porque las diferencias entre hogares urbanos y rurales son amplias, especialmente si los segundos están dispersos.

El nivel II ocupa la mayor extensión espacial y agrupa la mayor cantidad de hogares y personas (995.429 y 3.972.119, respectivamente). También predominan los hogares urbanos y tampoco hay homogeneidad entre los hogares, cuyas carencias en todos los aspectos se acentúan con relación a las del nivel anterior. El mapa superior de la figura 6 muestra los departamentos que integran el nivel II; el mapa inferior muestra la distribución por niveles de las fracciones censales de esos departamentos, e indica un elevado fraccionamiento territorial.

En los 116.050 hogares y 516.693 personas que habitan los departamentos del nivel III, la proporción de los que exhiben carencias más importantes es mayor, sobre todo en los hogares rurales. En departamentos de este nivel predomina la población rural (52%), en particular población rural dispersa.

En los departamentos más empobrecidos, clasificados en el nivel IV, habitan 29.672 hogares y 140.000 personas. Sus viviendas carecen de agua y están construidas con materiales deficientes; sus ocupantes viven hacinados y disponen de ínfimos recursos. Son departamentos en que predomina una población campesina dispersa, como Santa Victoria en Salta, Silipica y Salavina en Santiago del Estero, Ramón Lista en Formosa y General Güemes en el Chaco.

La pobreza vista desde más cerca

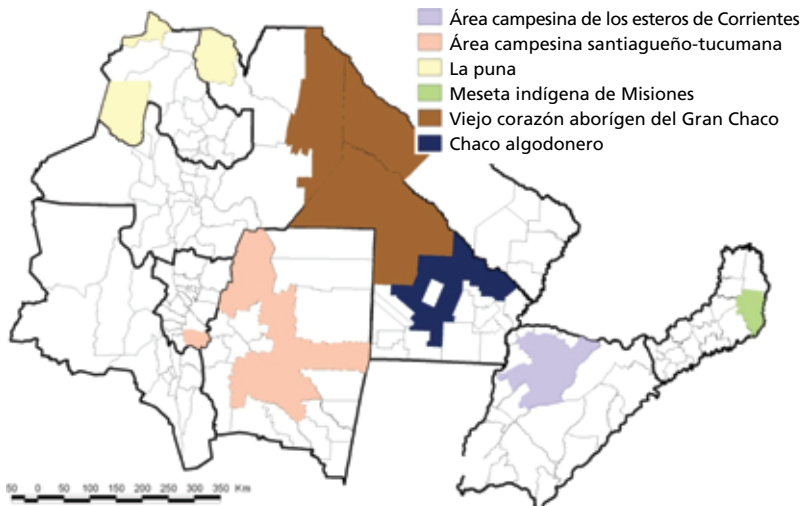
El Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas de 2001 recogió información que permite mirar la pobreza desde más cerca, siempre en términos estadísticos. Algunos de los atributos o rasgos destacables de los hogares, que no se usaron para calcular el IPMH y que proporcionan esa mirada más cercana, son: (a) la forma de abastecimiento de agua; (b) la existencia de cocina y la proporción de hogares que usan como combustible

carbón o leña; (c) la existencia de heladera; (d) la existencia de teléfono (fijo o celular); (e) hogares con personas que se reconozcan descendientes o pertenecientes a un pueblo indígena; y (f) el hacinamiento. La tabla 2 sintetiza la presencia de los anteriores atributos según niveles de pobreza.

El cuadro permite apreciar el grado de carencias del conjunto de hogares del Norte Grande. Más del 10% carece de cocina, más del 35% no cuenta con agua dentro de la vivienda y más del 75% no tiene heladera (una parte importante de ellos en clima subtropical). Estos valores concuerdan con la inexistencia de departamentos con menos del 20% hogares con máximas carencias o privación convergente. También se puede apreciar que la población indígena está presente en toda la región, que aumenta con la intensidad de la pobreza, y que caracteriza principalmente el nivel IV.

Figura 7. Los núcleos duros de pobreza en el Norte Grande, 2001.

Figura 1. Imagen satelital de la localidad de Roversi y su entorno, Santiago del Estero. Campos sembrados con soja rodean a un pequeño pueblo en cuyos hogares impera la extrema pobreza. Fuente Google Earth.



Los núcleos duros de pobreza

En la figura 7 se indican los departamentos que forman los seis núcleos duros de pobreza del Norte Grande detectados estadísticamente.

El área campesina de los esteros de Corrientes

El noroeste de la provincia, en torno a su capital, coincide con el espacio de más antigua ocupación en la época colonial y abarca también parte de la cuenca del Iberá. Las características naturales de la zona, incluida las dimensiones de los cuerpos de agua, explican el predominio de la ganadería extensiva de carácter tradicional y la casi total ausencia de actividad agrícola. Cultivos como caña de azúcar, algodón, cítricos o arroz, entre otros, que se intentaron implantar tempranamente en el área, no pudieron superar la competencia de los establecimientos agroindustriales del Chaco o de Tucumán. En la cuenca del Iberá estos problemas son más agudos. La fuerte expulsión de población ha sido uno de los corolarios más destacados de la pobreza de esta región, donde predominan las explotaciones campesinas de pequeñas dimensiones, si perjuicio de la presencia de algunas propiedades rurales de gran tamaño.

El Chaco algodonero

Se trata de un área muy fraccionada. Con la progresiva declinación de la economía agroindustrial del quebracho en las primeras décadas del siglo XX, el cultivo del algodón adquirió una posición dominante. Fue el resultado de la colonización, impulsada por el Estado mediante la distribución de predios no muy extensos. A partir de la década de 1950, sucesivas crisis del mercado del algodón fueron dando lugar a su reemplazo por cultivos como girasol, sorgo o maíz, propios de la llanura pampeana, un proceso que se dio en llamar la 'pampeanización' del Chaco. La más reciente aparición de cosechadoras mecánicas de algodón agregó una nueva desventaja a los productores minifundistas, que se combinó, además, con las nuevas prácticas agrícolas de la década de 1990, centradas en la soja, un cultivo que alcanzó gran expansión espacial.

El corazón aborígen del Gran Chaco

Principalmente se trata de un área marginal del cultivo del algodón, de incorporación tardía a ese proceso. Comprende sectores de más reciente y no muy exitosa colonización, como el llamado Impenetrable, lo mismo que zonas alcanzadas por la reciente expansión del cultivo de la soja. Incluye numerosas comunidades indígenas, que realizan complejas y variadas actividades económicas, entre ellas una ganadería tradicional combinada con la caza y recolección en el monte nativo.



Figura 12. izquierda, abajo. Vivienda en Roversi, Santiago del Estero. La prosperidad que generan los cultivos de soja aledaños contrasta con las condiciones de vida de los pobladores. Foto Pablo Paolasso.



Figura 2, arriba. Vivienda rural cercana al Río Bermejo, en el límite entre Chaco y Formosa. Foto Pablo Paolasso.

Figura 8, derecha, abajo. Vivienda en Mailín, Santiago del Estero.

El área campesina santiagueño-tucumana

Es un territorio en el que pervive el mundo tradicional de una de las comarcas más antiguamente pobladas de la región, habitada por un importante número de campesinos (que Carlos Zurita, del Instituto de Desarrollo Social de la Universidad Nacional de Santiago del Estero, llamó el *área del patronazgo*), y que se articula con la economía agroindustrial del azúcar en Tucumán y de la madera en Santiago del Estero. A su vez, el área se vio también alterada por la fuerte expansión de las oleaginosas, especialmente la soja durante la década de 1990. Se trata, quizá, del núcleo duro de pobreza de mayor complejidad de los que se han identificado hasta ahora.

La meseta indígena de Misiones

Se relaciona tangencialmente con el área de cultivo de la yerba mate, asociada luego con los ciclos del té y del tung, recostada sobre el río Paraná y colonizada tanto por iniciativa estatal como privada. También parcialmente se vincula con la reciente expansión de la soja, incluso en el cercano Brasil, y con un sector de grandes propiedades orientadas a la forestación, iniciada hace décadas. Se caracteriza por una importante presencia de propiedades pequeñas (menos de 25ha) y una alta proporción de ocupantes *de facto* de predios que, en el pasado, eran tierras fiscales, pero que ahora son también propiedades privadas.



Figura 10, izquierda. Mujeres wichí en Las Lomitas, Formosa. **Figura 11**, derecha, arriba. Rebaño de cabras cerca de Santo Domingo, Santiago del Estero. Foto Pablo Paolasso. **Figura 12**, derecha, abajo. Niños wichí en Las Lomitas, Formosa. Foto Horacio Madariaga.

La puna

La sociedad actual de la puna es el producto de un largo proceso de articulación entre una sociedad tradicional de estructura poco diferenciada y la moderna capitalista extra puneña. La consolidación del capitalismo en el noroeste argentino solo reemplazó muy parcialmente a la sociedad tradicional, con la que convivió durante décadas. Generó, sin embargo, cambios sustanciales en numerosos aspectos de esta. Los departamentos de Santa Catalina y Susques, en Jujuy, lo mismo que los de Santa Victoria e Iruya en Salta, conforman el núcleo duro puneño de pobreza.

Pobreza y territorio: naturaleza más cultura

Esta rápida descripción pone en claro que la pobreza de cada uno de los núcleos duros definidos en forma estadística es de naturaleza diferente. Tal constatación explica la necesidad de considerar la dimensión territorial en sus dos dimensiones indicadas al comienzo, la natural y la cultural. Se puede advertir, en ese sentido, que para profundizar el análisis no se pueden omitir las perspectivas que abren conceptos como campesinado, presencia indígena, sociedad tradicional o sociedad capitalista. Esa heterogeneidad cultural es un rasgo básico del norte ar-

gentino, que contrasta con la mayor homogeneidad de, por ejemplo, la Pampa Húmeda.

Los rasgos culturales no solo afectan a los procesos de territorialización: inciden en los caracteres demográficos, en la estructura de consumo y producción, en la marcha de los procesos económicos y en las formas de implantación del capitalismo en la región. Las diferencias entre el Norte Grande y la Pampa Húmeda no solo son cuantitativas: son sustanciales.

Los contrastes entre el Norte Grande y el resto de la Argentina, especialmente la amplia y persistente difusión espacial de la pobreza más intensa, podría definir una situación casi única en el país. Esos contrastes incluyen, entre otras cosas, la edad de la población (que es más joven), la natalidad y la mortalidad general e infantil (que son mayores) y la generación de riqueza (que es reducida). En la década de 1990, el Norte Grande contribuyó con no más del 9,7% al producto bruto interno argentino, cifra poco superior a la correspondiente a la provincia de Santa Fe. Todo ello lleva a conjeturar que el Norte Grande está más cerca del universo latinoamericano que del pampeano y que, en términos figurados, la Argentina se compone de dos países.

Siguiendo el pensamiento de Octavio Paz en *Tiempo nublado* (Seix Barral, Barcelona, 1986), podría afirmarse que lo que separa a ambos países es lo mismo que los une: la consolidación del capitalismo o la economía de mercado, que tomó dos formas diferentes y dio dos resul-

tados distintos. Esas dos versiones son, acaso, dos maneras de ver o articularse con el progreso, un concepto indisolublemente vinculado con la cultura liberal que resulta relevante en este caso.

El Norte Grande y el concepto de progreso

El Norte Grande se encuentra fuertemente relacionado con las sociedades indígenas andinas en el noroeste, y con las guaraníicas y amazónicas en el noreste. Según numerosos testimonios, la idea de progreso no constituye parte corriente de la cultura de esas sociedades, e incluso, muchas veces es desconocida. Esta circunstancia resulta congruente con el hecho de que las dos áreas de mayor presencia indígena en la región, que son la puna y el corazón aborígen del Gran Chaco, conformen dos de los núcleos duros más críticos de la pobreza regional.

Aun en los departamentos ubicados en el nivel II del IPMH, en los que la pobreza crítica afecta a entre 40% y 60% de los hogares (contra entre 70% y 80% afectados en el nivel IV), y en los que habita el 60% de la población del Norte Grande, las carencias son sustanciales: más del 75% de los hogares carece de teléfono fijo, más del 40% debe buscar agua fuera de la vivienda y el 25% de los hogares cocinan con carbón o leña. La población de los departamentos del nivel II no difiere sustancialmente en sus rasgos culturales de aquella de los núcleos duros, excepto por la menor proporción de quienes se consideran indígenas.

Algunas conclusiones

El punto de partida de un análisis que lleve al mejor conocimiento de la pobreza regional y, en última instancia, al de la sociedad actual del Norte Grande es reconocer la coexistencia de por lo menos dos de sus componentes. En otras palabras, tanto conviven y se articulan como se ignoran o enfrentan la sociedad moderna, liberal (con sus matices internos), como la tradicional (también con sus matices) relativamente ajena a tal contexto.

Es un contexto complejo que determina los rumbos que toma la construcción del territorio, los cambios y las persistencias culturales, y la existencia y formas de la pobreza. Determina, también, que haya una valoración diferenciada de la naturaleza y de sus formas de uso, lo mismo que distintas actitudes ante el cambio tecnológico. Permite comprender la índole y presencia del campesinado.

Para poder entender el Norte Grande hay que reconocer que la economía de mercado es la expresión de una cultura histórica particular, con un correlato espacial específico y una vinculación directa con la idea de progreso. Pero esta

noción es ajena o desconocida para amplios sectores sociales de la región. El Norte Grande, en síntesis, es otro país.

Todo intento de mejorar la calidad de vida de las sociedades del norte no podrá tener completo éxito si no tiene en cuenta las expectativas tanto del país tradicional como del moderno. Guiarse exclusivamente por las del segundo continuará produciendo, como hasta ahora, el aislamiento de los relictos del primero, verdaderos residuos de la historia que se manifiestan, entre otras maneras, por la persistencia e intensidad de la pobreza. **CH**

Este artículo se basa en casi siete años de investigaciones sobre la pobreza en el Norte Grande, de las que participaron integrantes del Instituto Superior de Estudios Sociales de Tucumán y del Instituto de Investigaciones Geohistóricas de Resistencia, además de profesores de las universidades nacionales de Tucumán y Resistencia. El grupo recibió la colaboración desinteresada de especialistas del INDEC. Los trabajos fueron subvencionados inicialmente por la Fundación Antorchas y en forma permanente por el Conicet y la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. La cartografía fue realizada por el ISES sobre la base de datos del INDEC.

LECTURAS RECOMENDADAS

BAUMAN Z, 2005, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Paidós, Buenos Aires.

BOLSI A, PAOLASSO P y LONGHI F, 2006, 'El Norte Grande argentino: entre el progreso y la pobreza', *Población y Sociedad*, 12-13, Fundación Yokavil, Tucumán, pp.227-266.

FERULLO H, 2000, *El malestar en las economías modernas de mercado. Sobre la economía social, el tercer sector y la sociedad civil*, Editorial Macchi, Buenos Aires.

SEN A, 1995, *Nuevo examen de la desigualdad*, Alianza Editorial, Madrid.

—, 2000, *Desarrollo y libertad*, Planeta, Buenos Aires.

TASSO A, 2007. *Ferrocarril, quebracho y alfalfa. Un ciclo de agricultura capitalista en Santiago del Estero*, Alción, Córdoba.



Alfredo Bolsi

Doctor en geografía, Universidad Nacional de Cuyo
Profesor emérito, Universidad Nacional de Tucumán.
Investigador superior contratado, Conicet.
alfredo.bolsi@gmail.com



Pablo Paolasso

Doctor en geografía, Universidad Nacional de Tucumán
Jefe de trabajos prácticos, Universidad Nacional de Tucumán
Investigador asistente, Conicet.
Instructor del Taller de Elaboración de Proyectos de Tesis
(Doctorado en Ciencias Sociales, UNT)
pauluspao@gmail.com